

generación. Aspectos como éste ofrecen claves esclarecedoras sobre la última fase del Franquismo que convendría explorar en profundidad, por ejemplo el interés que despertó entonces el exilio y que relativiza este estudio al mostrar que no se vio correspondido por estudios críticos completos y objetivos, salvo raras excepciones. También se alude a las llamadas que se hicieron en aquel momento para evitar la mitificación del exilio, lo que se utilizó con excesiva frecuencia como coartada para reducir el alcance que sus realizaciones podían tener.

El libro invita pues a explorar con mayor detalle la amplia reflexión que ofrece sobre la compleja relación que se estableció entre el exilio intelectual y la España franquista y a investigar casos concretos como el de Max Aub y Ramón J. Sender, tan esclarecedoramente diferentes, como muestra uno de sus capítulos. También invita a prolongar la reflexión a la España posfranquista, para llegar hasta la actualidad y preguntarse qué ha pervivido del propósito franquista de desubicar toda una facción de la sociedad y de la cultura española. El balance que nos ofrece Larraz es desgraciadamente bastante negativo, pero señala al mismo tiempo el camino que queda por andar.

Lión Bustillo, J., *La reunificación alemana y la seguridad europea*. Alzira, Edicions La Xara, 142 pp.

Por Miguel Ángel González Claros
(Universidad de Cádiz)

El interés de este libro reside por una parte en la exposición detallada del papel jugado por los diferentes responsables políticos implicados en el proceso de unificación alemana y por otra en las consecuencias que tuvo y tiene tal acontecimiento en la dinámica de la construcción europea, especialmente en el tema de la seguridad.

Francisco Javier Lion Bustillo, desde un enfoque internacional, lleva a cabo un serio análisis del proceso de reunificación alemana así como del papel resistente a ella por parte de los principales protagonistas políticos del momento.

La unificación alemana acaecida el 3 de octubre de 1990 fue la culminación de un proceso acaecido en unos momentos en el que, por una parte, el bloque comunista se estaba desintegrando a la vez que se desmantelaban

sus estructuras de integración y por otra, la parte occidental, se sentían aliviado dado que esta unión no rompía las alianzas establecidas ni se abandonaba el proceso de la unión europea, aunque, como nos relata el autor, sí iban a alterar la dinámica de la Europa occidental.

El autor en los dos primeros capítulos nos conduce a la realidad surgida tras la segunda Guerra Mundial, siendo el tema alemán el gran problema que tiene planteado Europa. Dada la dura experiencia europea ante la prepotencia alemana y a pesar de ser un país vencido y desarmado sus países vecinos veían con buenos ojos que Alemania quedara desmembrada. El enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS y el temor que esta zona de Europa se quedara sin control hizo surgir tanto a la RFA como a la RDA.

Pronto la cuestión alemana quedó fijada al proceso de integración europea vinculando al RDA a las distintas instituciones como UEO, la OTAN y las Comunidades Europeas y no fue hasta la segunda mitad de los 80, con la superación del clima de Guerra Fría, cuando confluyeron las políticas de acercamiento a Bonn desde Moscú y Washington. En tal situación tanto en Francia como en Inglaterra surgieron temores ante el liderazgo del nuevo país y que éste actuara fuera del control de las instituciones occidentales, pero tales inquietudes se enfocaban para un futuro no cercano, dado que se pensaba que la superación de la división alemana sería un proceso lento y gradual.

Todo se aceleró con el derrumbe del comunismo en la Alemania del este. Hechos tan concreto como el éxodo masivo hacia Hungría como el incremento de la contestación social en la calle en demanda de mayor libertad hicieron resurgir la cuestión alemana. Tras la caída del Muro de Berlín, la respuesta del gobierno de Bonn fue de prudencia ante tales hechos para no provocar una reacción negativa por parte soviética. Como constata el profesor Bustillo, los hechos acaecidos fueron de gran sorpresa para la Europa comunitaria. Tanto Francia como Inglaterra mostraron cierta inquietud ante los cambios en curso. Mitterrand optó por la política de integración europea como paso previo a la reunificación y Margaret Thatcher por la democratización de la RDA.

Fue a partir de “El Plan de Diez Puntos” cuando la postura de las autoridades de Bonn marcó como objetivo la integración económica y

política de los dos Estados alemanes. Se planteaba sin titubeo la transformación del orden de posguerra y una alteración de las fronteras existentes. Pero el hecho de que Kohl no consultara con sus aliados de la CE su Programa de Diez Puntos provocó gran alarma e hizo surgir duda sobre la postura europeísta de Bonn. Fue el presidente Busch quien calmó los ánimos recordando el apoyo de la OTAN a la reunificación en el marco de la CE lo cual corroboró el propio Kohl en perfecta sintonía con las posiciones norteamericanas. Por otra parte el visto bueno soviético a una posible reunificación junto al hundimiento de la RDA iba a acelerar todo el proceso.

No obstante como constata el profesor Lion en los siguientes capítulos del libro, la seguridad en el continente era una cuestión pendiente que había que resolver. Así lo entendió en canciller Kohl que a través de una intensa actividad diplomática tuvo que aportar a las distintas potencias un nivel de seguridad igual al existente hasta entonces y a la vez conseguir un avance político que permitiera superar la mentalidad de bloques dado que el nuevo estado alemán desequilibraría el sistema de alianza establecido. “Había que huir de la bipolaridad y establecer vínculos entre las dos mitades del continente”

Las relaciones franco alemanas siempre habían sido tirantes dado el equilibrio de poder entre ambos países, no obstante, el eje París-Bonn había funcionado como el gran dinamizador económico, pero la incorporación del RDA por parte de la RFA podría alterar las relaciones de ambos países. Así Francia al igual que otros países exigían continuas garantías, hasta que la diplomacia francesa dejó a un lado los desencuentros y aceptó la realidad de la unificación reforzando el compromiso de Bonn con sus socios comunitarios hacia la unidad europea y en concreto la consecución de la UEM.

Tanto Estados Unidos como Europa Occidental exigían que Alemania estuviese firmemente integrada en la Alianza Atlántica como garantía frente al Este. Rusia por el contrario estaba dispuesta a permitir la unificación al precio de la neutralidad. Pero estaba claro que la RFA era ya una de las principales potencias del continente y quería ser protagonista de su futuro. Así las autoridades de Bonn demandaron a los aliados la redefinición de las alianzas para vencer la incompatibilidad de ambos bandos.

Para ello era preciso buscar fórmulas que hicieran que Moscú no viera a la Alianza Atlántica como una amenaza. Había que readaptar a la OTAN a las nuevas circunstancias para que dejara de ser un bloque militar contrapuesto a la Unión Soviética. A ello colaboró la nueva política entre las grandes potencias a favor de profundizar el proceso de desarme dado que tanto Bush, que deseaba disminuir las fuerzas norteamericanas e Europa como Gorbachov, que necesitaba resolver sus problemas económicos, deseaban reducir los costes del esfuerzo defensivo. Todo ello dejaba a los alemanes en una posición de equilibrio y dispuestos a efectuar una reducción de sus fuerzas armadas dentro del marco de desarme europeo. Cuestión clave era el tema de las fronteras. El presidente Kohl mantuvo una calculada ambigüedad hasta que vio oportuno dejar claro que la frontera Oder-Neisse era definitiva, es decir, las fronteras de Alemania seguían siendo las de 1937.

En los últimos capítulos, el autor nos expone que los esfuerzos realizados por la diplomacia de Bonn, parecían dar su fruto y el proceso de unificación iba a resultar imparable, pero aún había que superar el obstáculo ruso, el cómo lograr que la URSS consintiera tal unión. Con la entrada en vigor del Tratado de Unión Económica, Monetaria y Social sólo quedaba convencer a la URSS. Había que superar los titubeos iniciales por el alcance de un acuerdo donde se garantizara la seguridad de aquella tocando temas tan sensibles como el volumen de los efectivos militares, tipos de armamentos, la presencia de la OTAN en el territorio de la RDA y los propios efectivos rusos eran cuestión de alcanzar un compromiso entre la RFA y la URSS, pero los occidentales a través del “Plan Baker” concretaron una serie de líneas generales contentaran a Moscú y facilitara su apoyo a la unidad alemana y a la vez los norteamericanos mantener la iniciativa en la construcción de la nueva Europa.

El visto bueno de la URSS venía condicionado por una nueva OTAN y para ello fue necesario que Washington aceptara la progresiva visión alemana en las relaciones Este-Oeste. Era preciso que la OTAN se adaptara a las nuevas circunstancias y no se viera como un peligro para el Este sino como socio fiable en un entorno de paz y seguridad. Por otra parte los americanos para no disminuir su influencia en el continente querían evitar que la nueva Europa política en formación tuviese un sistema

defensivo diferente de la OTAN por lo que tenían que garantizar la pervivencia de la Alianza Atlántica con la capacidad de disuasión frente a la URSS pero a la vez que permitiese a los alemanes dar muestra de acercamiento a éstos para así generar un clima de confianza Este-Oeste imprescindible para que Moscú aceptara la unificación alemana dentro de la OTAN.

Casi cinco décadas después del final de la guerra, en un marco consensuado entre las dos Alemania y las cuatro potencias con derecho sobre estos países, se lograba que Alemania se convirtiera en un Estado plenamente soberano y con ello el final de la Guerra Fría. Comenzaba una nueva etapa para el viejo continente con nuevos desafíos en un ambiente más complejo.

Traverso, Enzo. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, 310 pp.

Por Claudio Hernández Burgos
(Universidad de Burgos)

Actualmente los estudios sobre la violencia y la experiencia de guerra que experimentaron los combatientes tras la Primera Guerra Mundial, se encuentran en alza. Historiadores como Mosse, Gentile, Bartov, Mazower o el propio Traverso tienen parte de culpa en este interés por el fenómeno bélico. La revalorización de los elementos culturales y emocionales generados por la Gran Guerra y desarrollados profusamente a lo largo de los años veinte y treinta del siglo XX, era necesaria. Y lo era, porque estas interpretaciones que podíamos llamar “culturales” han hecho una loable aportación a la hora de clarificar el ascenso de los fascismos y la crisis de las democracias en el periodo de entreguerras. Durante mucho tiempo la historiografía española ha permanecido al margen de este impulso recibido por los componentes culturales del fascismo, la Gran Guerra o la Segunda Guerra Mundial. Afortunadamente, son muchos los historiadores que se están interesando vivamente por estos aspectos de cara a un análisis más completo del periodo de entreguerras, la Guerra Civil y la posguerra españolas. Los trabajos realizados en los últimos años muestran que las aportaciones de la historia social y cultural han sido bien sintetizadas para dar lugar a estudios en los que política, ideología, cultura o sociedad se mezclan dando unas explicaciones más

satisfactorias sobre uno de los periodos más atendidos por los especialistas.

El libro de Enzo Traverso supone el ejemplo palpable de cómo sociedad, política, literatura o memoria son elementos de gran utilidad para explicar los diferentes fenómenos que marcaron el siglo XX. Traverso toma la noción de “guerra civil europea” de Ernst Nolte, y la reinventa inteligentemente para captar cómo violencia, cultura o política modelaron las mentalidades y las prácticas de los actores del periodo. Con la memoria como vector principal, Traverso recoge también el concepto de “zona gris” de Renzo Felice, que tan acertadamente refleja las diferentes actitudes de los europeos hacia la guerra. Este concepto evita, por un lado, la trampa de creer que en un periodo de gran violencia como éste, sólo hubo víctimas y verdugos y, por otro lado, ayuda a comprender el impacto que la sangre tendría en los ciudadanos corrientes y el por qué de sus actuaciones en cada momento. Aunque difícil, “adentrarse” en las mentes tanto de los combatientes como de los civiles, resulta fundamental para entender las consecuencias de la “experiencia de guerra”. El término “guerra civil europea” englobaría estas experiencias, pero también los múltiples conflictos armados que jalonarían los años veinte y treinta, o la lucha entre una cultura antifascista-democrática y una cultura fascista-autoritaria que Traverso utiliza como eje de su obra.

Esta primera parte de la obra comienza justificando las razones para la elección del término “guerra civil europea”, (capítulo 1) que, aunque acuñado por Nolte, ha sido reutilizado por historiadores como Casanova o Preston. Traverso critica los rasgos que el historiador alemán confirió al concepto, remontándose a su vez a los grandes conflictos que a nivel internacional han afectado al “Viejo Continente”. Puestos en antecedentes, Traverso utiliza hábilmente dos nociones de cara a clarificar el periodo 1914-1945. La primera de ellas es la de *ciclo*, ofrecida por los trabajos de Braudel y Kondratieff. El concepto de ciclo, ejemplifica perfectamente cómo la guerra civil europea no fue un acontecimiento, sino una serie de sucesos catastróficos y mutaciones vertiginosas que se articularían en torno a una sucesión de “guerras civiles”, clasificadas por el autor en tres fases: 1917-1923; 1936-1939; y 1939-1945. La segunda de las nociones es la de *secuencia*, que el historiador italiano utiliza para sostener que los conflictos acontecidos tras la Gran Guerra, funcionaron bajo la lógica de un